

como sus propulsores, con vistas a alcanzar un mejoramiento integral de su posición». En otra parte, afirma que el subjetivismo es un arte de decadencia, el último reducto del individualismo. Pero también cree que el arte individualista es el nuncio del arte socialista, «porque los artistas se diferencian al replegarse en sus modalidades personales, y ello les permitirá agruparse, e identificar sus necesidades, para tender hacia una realización de interés colectivo».

Cuestiones son éstas que están en discusión desde hace mucho tiempo. El conocido ensayista francés José María Guyau le dedicó un libro: «El arte desde el punto de vista sociológico». Guyau preconiza el arte de tendencia social; pero otros hay que predicán su absoluta independencia. El arte debe ser simplemente belleza, el ensueño, lo incorpóreo, la fuga.

Termina el libro de Tauro con una selección de poemas de Peralta, aquéllos en que el indio es tema. En suma, un libro útil para quienes se interesen en la poesía peruana, o por la literatura hispanoamericana en general. Ha realizado Tauro un estudio concienzudo y profundo. Es un crítico serio y comprensivo.—JANUARIO ESPINOSA.



LE JOURNAL INEDIT, por Jules Renard.

Este último tiempo ha sido propicio en Francia para las autobiografías, diarios o libros íntimos. Se han publicados algunos inéditos y reeditados otros. La Academia Goncourt, que fué fundada por el mayor de ellos, Edmundo, empezó publicando el célebre diario de los hermanos que se encontraba agotado desde hace algunos años atrás; Frank Harris lanza al mercado el tercer tomo de confesiones; Alfonso Seche, que es autor junto con Julio Bertaut de una monografía sobre Baudelaire, entrega al público un volumen sobre intimidades de escritores

franceses contemporáneos. La «*Nouvelle Revue Francaise*» edita en un gran tomo «*Le Journal Inedit*» de Jules Renard que había sido publicado con anterioridad en una edición de lujo. Con la presente el círculo de lectores se extenderá de manera considerable, porque el atractivo agudo de sus páginas se sostiene a través de toda su longitud.

Poco después de aparecer el primer volumen del diario de los hermanos Goncourt, en 1887, y cuando apenas contaba Jules Renard veintitres años de edad, empieza a escribir el suyo. Recién había publicado «*Les Roses*», un folleto de versos. Indudablemente el ejemplo de los Goncourt influyó en su determinación de llevar un libro de anotaciones íntimas. Esta influencia se hace marcadamente visible en algunas partes del «*Diario Inédito*» donde, a la manera de los Goncourt, describe a los individuos con que se relaciona y ve, a los escritores que frecuenta; reproduce sus charlas, fragmentos de conversaciones escuchadas en cualquier parte, el café, la calle, etc. Al comienzo, el diario de Jules Renard está compuesto de simples impresiones sobre escritores famosos en su tiempo, observaciones ligeras sin mayor trascendencia, etc. Pero es la parte—la más abundante—donde Jules Renard entra ya a la posesión de su madurez literaria, consolidada antes de los treinta años, la que mayor cantidad de interés posee, a pesar que este nunca decae.

No obstante ser el hecho externo, la anécdota, la historia dispersa de la vida literaria y teatral francesa de veinte años, la acción de este libro, su dimensión subjetiva no deja de ser penetrante y se hace íntima, personal, no tanto por la manera de enfocar los hechos sino, sobre todo, por las opiniones de Jules Renard y, más todavía, por lo que podemos entrever y vemos de lo más recóndito de su personalidad, pues se descubre abiertamente, con una especie de sadismo introspectivo, con una franqueza de autoanálisis deliberada y descarada que nos presenta a menudo a un Jules Renard verdaderamente cínico y, desde el punto de vista moral «standard», malo. Es un tanto difícil deter-

minar lo que existe de verdad o mentira en sus confesiones, en lo que se refiere a la ética de las mismas, pues no sería extraño en Renard el prurito de parecer más cínico de lo que fué en la realidad. En todo caso, esto debe interesarnos únicamente en cuanto nos sirva a conocer con más cercanía la composición interior de Jules Renard y no en su sentido moralizante. Y aunque fuera efectiva la maldad del autor del «*Poil de Carotte*» se corroboraría aquella frase de Soren Kierkegaard de que «una conciencia mala puede hacer interesante una vida».

Generalmente, sus observaciones poseen singular penetración, escrutadora agudeza. Refiriéndose a los amigos dice que no existen, «sino solo momentos de amistad». En verdad este sentimiento es de lo más inestable y él depende de las transformaciones del ser íntimo de cada sujeto y como es extraordinariamente difícil que esta transformación siga un ritmo más o menos simultáneo, lo es también que los amigos sean permanentes o que la amistad sea larga y duradera. Con frecuencia se da este nombre a ese acercamiento que producen parecidos intereses económicos o de clase o concordancia de opiniones; pero la amistad, conjunción íntima y entrañable de dos seres puede nacer y morir repentinamente, sin alcanzar a ser médula biográfica, apenas anecdótica, debido a su fugitivo perfil de tránsito, a su momentánea vivencia. De ahí que las mejores amistades son aquéllas que espacian sus estadios de comunión y encuentro. Porque la frecuencia en el roce íntimo agudiza los elementos escrutadores hasta consumir la legumbre de sorpresa que es necesaria a la conservación de la amistad o de los amigos.

En «*Le Journal Inedit*» de Jules Renard vemos también la historia de sus amistades literarias (las tuvo en este aspecto a pesar de todo); el origen y metamorfosis de sus libros; su ingenio sutil; sus envidias, sus vanidades, en fin, el hombre que fué Jules Renard, con su humorismo un tanto desencantado y con su amargura, sus nervios, su carácter susceptible, con todos los

«pliegues y repliegues» de su personalidad que él supo explorar y descubrir como nadie.

Si no son corrientes, no son menos densos a veces algunos elementos patéticos que le dan al «*Journal Inedit*» una fuerte atmósfera angustiada, cuando ellos acusan su presencia, sobre todo cuando Jules Renard se refiere a sus familiares: su padre que se suicida por temor a la vejez; su madre que muere ahogada; la muerte repentina de su hermano mayor, etc.

Para terminar, diremos que en «*Le Journal Inedit*», de Jules Renard está su vida íntegramente. Nada mejor, entonces, para conocerla que sus páginas abundantes y bellas.—A. T.



ESPAÑA, por Ilya Ehrenburg.

He leído con fruición el libro caricaturesco de Ehrenburg sobre España. Y digo caricaturesco, porque la verdad puede ser caricatura. Abundan en él los rasgos desmesurados, excéntricos a veces, «grossis», «a la pointe sèche», vigorosos en él y sintéticos. ¡Vamos! que esto no es Sousa Costa, ni Maurice Barrés.

La anécdota también tiene su parte; la anécdota que en Ehrenburg es trazo certero. Aprehensión de vida. Ahondamiento interior.

¡Qué bien ha sabido captar el escritor ruso algunos aspectos del alma española! ¡Qué bien! Al lado de otros que le escapan totalmente. El temperamento es mucha cosa en obra de tal enjundia. Y el punto de vista. Y la errónea información.

Cuán difícil es conocer un país. Y cuánto más difícil es aún comprenderlo. Por eso si el escritor soviético destaca dos cosas sobre el teclado vivo de donde su crítica arranca extrañas sonoridades—bondad y dignidad de España—agradezcámosle la intuición maravillosa que nos ha hecho gustar tales excelsitudes.